

El V Centenario es para toda América

Germán Arciniegas

*P*resentamos a nuestros lectores las palabras pronunciadas por el Presidente de la Comisión Colombiana Preparatoria del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, Germán Arciniegas, ante la última sesión de la Conferencia Iberoamericana encargada de dicha conmemoración, la cual tuvo lugar el pasado mes de mayo en Puerto Rico. En la mencionada reunión, inaugurada por el Rey Juan Carlos de España, el escritor presentó la propuesta oficial colombiana según la cual la celebración del V Centenario debe contar con la participación de representantes de todos los Estados americanos y con la concurrencia de las naciones que desde otros continentes han venido a formar lo que hoy es América, el continente de las emancipaciones, cuyo descubrimiento marcó una nueva era a partir de la cual todo ha sido distinto en el mundo.

• • •

EL 12 DE OCTUBRE ES LA SUMA DE DOS ACONTECIMIENTOS diversos, pero que juntos, dan la filosofía de esta celebración. El primero fue la apertura del camino que cambiaría la faz del mundo. Colón crea una nueva realidad: la del Atlántico descubierto. Europa estaba detenida por la falsedad de un mar tenebroso que en veinte siglos nadie se había aventurado a cruzar. Se abre el mar y los tiempos llamados modernos comienzan ahí mismo. La navegación del Atlántico cambia el ritmo de la vida. El segundo acontecimiento es el nacer del Nuevo Mundo. Nuevo Mundo y Nueva Europa que vendrían a ser el campo de encuentro de gentes de todas las razas y naciones en busca de su liberación. Comienza una nueva era en que todo va a ser distinto. Debería llamarse Era Americana. La misma expresión “descubrimiento” es equívoca. Se descubre una cosa que es, y América no era. Va a formarse. Nace el 12 de octubre. Ni geográficamente se sabía, por los europeos, de un continente que se ignoraba, como se ignoraba el más grande de los Océanos: el Pacífico. Pero lo mismo ocurría del otro lado donde culturas tan significativas como las de mayas, aztecas o incas no estaban enlazadas por una red de comunicaciones que pudiera considerarse fundamento de unidad histórica. Lo que había precolombinamente en América era un archipiélago de montañas pobladas en las cumbres de naciones cultas. Abajo, en las orillas de los mares, se vivía en la edad de la canoa.

II TRIMESTRE 1987

América es el único continente del cual sabemos la fecha precisa del comienzo, y el único formado por participación universal. Nació para ser otra cosa. Lo han creado millares, millones de europeos emigrados, venidos a fundar casa propia en tierra de oportunidades nunca antes conocidas. Ellos han unido su esfuerzo creador al de los indios ilusionados con la república y los africanos que vinieron a conquistar aquí su emancipación: la que no habían hallado en sus tierras de origen sometidos a los de su propia sangre, que los ponían en manos de los negreros blancos. El cruce de estas sangres en el clásico continente de las emancipaciones marca la aparición de un hombre nuevo: el americano. Vino al mundo arrullado con una canción nunca antes oída. Los niños comenzaron a ser distintos.

Si lo que da forma a un continente no es la continuidad geográfica sino el contenido humano, producto de una elaboración cultural de siglos, los quinientos años que coronará en 1992 América representan la más intensa vivencia del hombre en busca de una sociedad nueva de integración universal; con ella surge la esperanza de una vida más justa. Para América, desde el inicio mismo, inventó Tomás Moro la palabra utopía. Bolívar decía que la libertad de América era la esperanza del universo. Hay algo en estos comienzos que habría que llamar misterioso o providencial. En su destino estaba cambiar los fundamentos tradicionales de la vida política. Hay una carta de los Reyes Católicos fechada el 16 de abril de 1495, que podría inscribirse como el monumento que marca el nuevo rumbo de la historia. Está dirigida al Obispo de Badajoz, y dice:

"El Rey é la Reina: Reverendo in Cristo Padre Obispo, de nuestro Consejo. Por otra letra nuestra voz hobimos escrito que ficiédeses vender los Indios que envió el Almirante D. Cristóbal Colón en las carabelas que agora vinieron, é porque nos queriamos informarnos de letrados. Teólogos é Canonistas si con buena conciencia se pueden vender estos por solo vos ó no, y esto no se puede hacer fasta que veamos las cartas que el Almirante nos escriba para saber la causa por que los envia acá por cativos, y estas cartas tienen Torres que no nos las envió; por ende en las ventas que ficiédeses destes Indios suftnead el dinero dellos por algún breve término, porque en este tiempo nosotros sepamos si lo podemos vender ó no, é no paguen cosa alguna los que los compraren, pero los que los compraren no sepan cosa desto; y faced á Torres que dé priesa en su venida é que si se ha de detener algún día allá que nos envie las cartas. De Madrid á diez y seis de Abril de noventa y cinco".

¿De dónde vino a abrirse paso esta duda, que jamás antes había detenido en Europa la mano de los reyes conquistadores? Si la tradición era esclavizar en las naciones invadidas, ¿no está en este documento el principio de que el americano iba a ser una excepción? Desde los tiempos más antiguos era normal en Europa eso que de griegos y romanos pasó al mundo cristiano. En visperas de nuestro 1492 vendían los portugueses africanos o los enviaban como regalo al pontífice, que los repartía entre los cardenales. No, América iba a ser otra cosa, y los reyes lo vieron medio siglo antes de las leyes de Indias.

No se sabe con exactitud cómo ni quién inspiró a Fernando y a Isabel para detener lo que en Colón no era sino la costumbre universal de explotar al hombre por la esclavitud. Ahora, la majestad de los Reyes se enfrenta a Colón y lo alecciona con la respuesta que dan los teólogos a la consulta. En 1500 se confirma este avance sorpresivo de los derechos humanos con la

cédula "mandando que los indios que se trajeron de las islas y se vendieran por mandato del Almirante, se pongan en libertad y se restituya a los países de su naturaleza...". Todo esto, que podría ponerse como prólogo a la defensa de los indios por Las Casas de 1552, muestra ese fondo recóndito que informará el pensamiento americano, confluencia de esperanzas y base del Nuevo Mundo en formación. La iglesia que intervenía en estas direcciones precursoras pasa a ser en Santo Domingo del Caribe la cátedra de Montesinos. En ella se inicia Fray Bartolomé de Las Casas, que lleva a Salamanca el espíritu de las Leyes de Indias... Francisco de Vitoria fundamenta con esa doctrina el Derecho de Gentes, punto de partida para una normal internacional revolucionaria que tiene su cuna en una isla de las Antillas. Si ahí está el primer producto que exporta el Caribe, es un milagro.

Es también de maravilla cómo a tiempo que se forma el imperio español, surgen en España los antiimperialistas. Felipe iba a decir, y era exacto, que bajo sus dominios no se ponía el sol. Ante su imperio, el de Roma resultaba pequeño. Pero estas grandezas no desquiciaron a la inteligencia española. Montesinos, Las Casas o Vitoria sacaron de los abusos de los encomendadores la doctrina del respeto a la dignidad del hombre. Luis Vives dirigió su tratado sobre la paz a Carlos V, poniendo por delante de las armas la doctrina cristiana... En el otro extremo, Maquiavelo precisó como bases de la conquista y retención del poder, la astucia, la fuerza y el engaño. Para él, don Fernando el Católico es el modelo de príncipes, mostrándolo a la luz de sus astucias y tratos en Castilla o en Italia. Ignoró lo del viaje de Colón. No hizo una sola mención de eso que hoy se impone como el comienzo de una biografía del Rey Católico. Si hubiera conocido el florentino la carta al obispo sobre devolver a los indios su libertad, se le hubiera acabado la admiración por Fernando. Como recrudecía en su libro la admiración por toda forma amoral de afirmar el poder de los príncipes, en España florecía una nueva escuela filosófica americana que proyectó hacia el futuro la duda de los Reyes Católicos sobre el destino del hijo de América. La que le condujo a proclamar su libertad.

Si la llegada a las Bahamas es el camino para que se produzca el cambio más grande después del cristianismo, como adivinó el cronista, la celebración hay que llevarla a lo que han sido los primeros quinientos años de la Era Americana. Somos los hijos de los emigrantes que salieron de Europa para hacer su Nuevo Mundo, y en tal cantidad que hoy hay más hijos de españoles en América que en España, más ciudades grandes aquí donde se habla castellano, más tierras que las que dejaron libres de moros los Reyes al cumplirse la toma de Granada.

Durante más de cien años, Castilla aventajó a todos los reinos de Europa en sus empresas ultramarinas. Cuando llegaron en 1620 los Peregrinos de Mayflower estaban fundadas del Río Bravo hacia el sur todas las que son hoy capitales de Hispanoamérica, se había introducido la imprenta, había catedrales, conventos y universidades. Los intentos de colonización de Francia o Inglaterra, la llegada de Cartier a Quebec o las plantaciones de Sir Walter Raleigh en Virginia, quedaban como esquemas para futuros asentamientos, a tiempo que de la vasta conquista hispánica y sus colonias estaban ya escritos

libros que forman la biblioteca básica de América. En el siglo XVII se define el destino universal del Nuevo Mundo. El ejemplo de españoles y portugueses anima a ingleses, franceses, holandeses, daneses... a trasladarse al otro lado del Atlántico. Con la llegada de gentes de otras naciones y culturas, van definiéndose los fundamentos de una pluralidad de lenguas, religiones, estilos y motivaciones basadas todas en un íntimo espíritu de liberación. En este punto la historia de América introduce nuevos ingredientes en la universal. Dividida la familia europea entre los que se quedan y los que se van, los que se quedan forman la parte conservadora del viejo estilo y los que se van, se van a la aventura para vivir su propia vida, con sus religiones y sus esperanzas. La historia de los quinientos años pasa a ser la del más vasto cambio en las ideas, que sólo se puede apreciar tomando todo el experimento americano desde 1492 hasta hoy y desde Alaska hasta Patagonia.

A la oleada de los que salían, y siguen saliendo en busca de oportunidades, se agregó la de los fugitivos que escapan a persecuciones políticas o religiosas. Fue creándose una sociedad distinta aun para los propios nativos cuyos imperios fueron decapitados cuando la conquista. Es mucho lo que cambió la América precolombina con la interrupción brusca del maravilloso progreso de los aztecas, pero grande como las glorias de Coactemos es la sencilla expresión del indio Juárez cuando a los tres siglos propone la fórmula más sabia que jamás se ha dicho en tan pocas palabras: El respeto al derecho ajeno es la paz. Basta sólo esto para fijar el aporte americano a la filosofía política. Lo mismo en el campo de la raza negra. La carta de Toussaint L'Ouverture a Napoleón, tan viril como digna, da la medida de la increíble distancia que va del africano que llegó encadenado sobre el puente de un barco negrero al que se irguió altivo, como volviendo a nacer, entre los coros de la revolución francesa.

Lo que va apareciendo en América —esa es su cultura— es la voz de los hijos de los emigrantes y la de sus propios nativos emancipados. Aquí se elabora la ley republicana que se abrirá paso en las naciones y que está destinada a ser un aporte mayor en la evolución de las ideas y del derecho. La Independencia, segunda etapa en la vida de América, ha tenido una resonancia que donde primero se hizo sentir fue en el viejo mundo occidental. No por la inmediata adopción del sistema republicano, sino por la atracción que hizo multitudinario el éxodo de la gran emigración. Millones de italianos, polacos, irlandeses, prusianos, rusos, escandinavos, judíos, libaneses, franceses, húngaros, austriacos... se sumaron a la corriente original de los españoles y portugueses. Colonias de vascos, gallegos, polacos, italianos, ingleses, griegos, finlandeses... se han formado en Argentina, Cuba, México, Brasil, Estados Unidos, y de chinos y japoneses, hindúes y sefarditas...

De comienzos del quinientos en adelante fue madurando la idea de una sociedad bien diferenciada de la europea original. Quien se instalaba en América iba siendo distinto. Indiano lo llamaban en España. Con el tiempo ese americano viejo fue señalando como entrometido al que llegaba fresco con pretensiones de mando. Se le llamó chapetón, gachupín. El enfrentamiento trasladó al suelo colonial una oposición que terminó en guerra. Ya había ocurrido lo propio en las colonias inglesas. La emancipación había

llegado al punto de maduración y no era sino un deslinde natural entre dos sociedades diferenciadas por las circunstancias de su formación.

La independencia de América es un capítulo de la historia universal que hasta el momento en que se produce no tiene antecedentes. Tan importante para el Nuevo Mundo como para Europa, en este caso por la negativa. Los imperios de Inglaterra, España, Francia, Portugal y Rusia, que en buena parte se habían formado por ocupaciones en el Nuevo Mundo, sufrieron el mayor revés de todos los tiempos. En los primeros tiempos las colonias se lanzaron a la guerra. Como los ingleses perdieron en Yorktown, ocurrió a los españoles en Ayacucho. En Haití el ejército napoleónico fue puesto en fuga por Toussaint L'Ouverture, negro, y la fiebre, amarilla. Brasil y Canadá arreglaron su separación con palabras y cortesías. Lo demás fue por ventas de derechos: Napoleón entregó Luisiana por quince millones de dólares y Rusia Alaska por poco más de siete. En el fondo no sólo ignoraban los vendedores el valor de las cosas, sino que habían llegado a la conclusión de que aquí había una tierra que debía administrarse, gobernarse por su propia gente. Nadie dejó de entender hacia dónde íbamos... Era fatal. Este es el proceso, cinematográficamente relatado, de los cinco siglos que cumplirá el Nuevo Mundo, difícilmente entrevisto el 12 de octubre de 1492, y realizado a una mayor velocidad de la acostumbrada. A la vista queda cómo es un proceso en que participan gentes de todo el mundo, reunidas en la tierra apenas divisada en Guahanani una mañana en que nadie pudo fijar el alcance final de la aventura. Todos los de todas las Américas estamos llamados a celebrar este cumpleaños continental como los hijos de la aventura que cambió las bases de la vida universal. Al volver los ojos a Castilla, cuya bandera fue la que se clavó el día inaugural, vemos en ella el signo precursor y nos explicamos que de Sevilla haya salido la iniciativa de las celebraciones, por cuanto de Sevilla partieron las tres carabelas. Ahora, como lo esencial es tener conciencia de lo que toda América ha sido en los cinco siglos exactos de su iniciativa, hay que juntar en esta asamblea organizadora de la fiesta a la totalidad de los estados de todas las Américas como sujetos naturales de la fiesta. En el fondo ella ha de servir para tener una clara conciencia de por qué y cómo América es otra cosa, otra conciencia y otra esperanza. Y obviamente, convidar a cuantas naciones han participado con sus gentes en la formación de este otro mundo para que lo miren en el fondo de sus posibilidades sin límites.

Cuando el rey de España rinde homenajes repetidos a la memoria de Bolívar, el gran Libertador hispanoamericano, su reconocimiento a la voluntad emancipadora de este hijo legítimo de vascos españoles se liga idealmente con la carta original de los reyes católicos declarando que los indios no podían ser esclavos.

Son dos escenas llenas de significación que proyectadas hacia el futuro, muestran nuestro claro destino.

Con estas palabras de su presidente, la Comisión Colombiana propone que se integre esta junta de comisiones con la participación plena de representantes de todos los Estados americanos, y la concurrencia de las naciones han venido a formar lo que es hoy la América cinco veces secular.